

ciendo equivocaciones tan imperdonables como estas que anteceden, y pudiera también formar una lista bien larga de las tradiciones poéticas, bellas y verdaderamente populares en Avila, que no logran ni aún ligera mención en los artículos del Sr. Machado; pero ni quiero cansar más la atención de los lectores, ni me he propuesto en este artículo enseñar directamente, sino rectificar, ni creo que el ilustrado autor de el *Folk-lore de Avila* necesite más que lo ya escrito para estudiar en adelante por sí las cosas y no volver á fiarse de *Franciscas*.

UN LIBRO SOSO.

(1879)

—

«..... 12 de Septiembre.

»Mi querido Antonio: Aunque no has contestado á mi última, lo cual me prueba que después de un mes de veraneo todavía estás tan á gusto y tan entretenido en tu pueblo, te vuelvo á escribir hoy por encargo de mamá para que me digas si conoces un libro titulado *Costumbres populares de la sierra de Albarracín*, escrito por D. Manuel Polo y Peyrolón, y, si es que le has leído, qué te parece.

»Mi madre le ha visto anunciado con mucho encomio, no sé si en *La Ilustración Católica* (que alguna que otra vez nos trae versos tuyos), y dice que, según el anuncio, lleva la censura eclesiástica y ha sido oficialmente recomendado por la Academia de la Lengua; mas como en eso de los anuncios suele haber tanta exageración, que no parece más sino que el Doctor Garrido va formando escuela, quiere que tú nos digas si el libro

vale realmente, y si es cosa que pueda darse á las chicas, pues ya sabes lo rígida que es mamá en esta materia.

»Por lo que hace á la recomendación de la Academia, ya la he contado á mamá la anécdota aquella del gitano pobre y el tabernero, que tú me referiste una vez tratándose de un caso semejante:—*Tío Pepe, échele usted media de lo bueno á mi compadre, que yo le fio. —¿Y á tí quién te fio, esgalichao?*

»Supongo que tendremos el gusto de verte por aquí á tu vuelta para la Corte.

»Mientras tanto, mamá y las chicas te envían como á toda la familia cariñosos recuerdos, y te abraza

MARIANO.»

«..... 20 de Septiembre.

»Mi querido Mariano: Cuando recibí la tuya del 12 no había leído el libro por que me preguntabas, pero le tenía, gracias á la amabilidad del autor que me le envió hará cosa de un año, y le he estado leyendo estos días para contestarte.

»Es verdad que lleva censura favorable de la autoridad eclesiástica; y es verdad también que le ha recomendado la Academia Española, ahí va, cortada de un periódico, la recomendación:

«Ilustrísimo señor: El libro escrito por don

»Manuel Polo y Peyrolón con el título de »*Costumbres populares de la sierra de Albarracín*, que V. I. se sirvió remitir á informe de »la Real Academia Española, con oficio de 19 »de Junio último, justifica, en concepto de »esta corporación, la fama de que goza y los »elogios que le han tributado los periódicos »más graves é imparciales de España.

»Este precioso libro, colección de cuentos »ó novelitas en que se pintan con el hermoso »colorido de la verdad cuadros de la vida de »nuestro pueblo, es, con efecto, por sus tendencias religiosas y morales, por la sencillez »de su estilo, por la animación de sus diálogos, tan ejemplar como deleitoso, y digno »de la protección oficial que para él se ha solicitado.

»Cumple, por otra parte, al Gobierno contribuir á acreditar las publicaciones llamadas, como la que ahora se trata, á ejercer »en la sociedad una influencia benéfica.

»Habrán tal vez padres de familia que no »hayan adquirido las *Costumbres populares de la sierra de Albarracín*, por ignorar que este »libro, como los de Walter Scott, puede ser »el más honrado y seguro amigo de la casa, y »sin duda habrá literatos de tanto mérito y »tan buena intención como el señor Polo que »no se dediquen á componer obras de esta »clase, ó no publiquen las que tengan escritas, por considerarlas desnudas de atractivos

»en la actualidad, é incapaces de obtener la más legítima recompensa.

»La Academia, pues, cree deber aconsejar al Gobierno de S. M. que adquiera el mayor número posible de ejemplares del citado libro, humilde por su precio y tamaño, pero muy recomendable por sus bellezas literarias y por su importancia moral.

»Lo que en cumplimiento del acuerdo que esta corporación tomó en junta celebrada anoche tengo la honra de comunicar á V. I. cuya vida guarde Dios muchos años.

»Madrid 19 de Octubre de 1879.—El secretario; *Manuel Tamayo y Baus*.—Ilustrísimo señor Director General de Instrucción Pública.»

En primer lugar, me parece, dicho sea con todo el respeto necesario, que D. Manuel Tamayo, ó la Academia, hubieran hecho muy bien en apuntar concienzudamente lo bueno que creyeran encontrar en el libro y elogiarlo, apuntando también y censurando con formal severidad los defectos, en lugar de hacer esos elogios al por mayor ó á carga cerrada como si dijéramos.

Pero, en fin, pues que tu madre quiere saber mi parecer (y repítela una vez más mi agradecimiento por la distinción con que me honra), aquí tienes el juicio que he formado del libro. El libro no diré yo que sea malo. Por lo menos, hay en él una cosa buena, la

intención. Porque es bueno querer dar á conocer las costumbres populares en lo que tienen de noble, de poético y de santo, despertar el amor hacia ellas, hacer amable la sencillez y aborrecible el orgullo, amable la modestia y aborrecible el fausto, amable la abnegación y aborrecible el egoismo; es bueno también tratar de ajustarse á la moral católica hasta en los menores detalles, y enseñar prácticamente que, para dar interés á las novelas como á las demás obras literarias, no es menester basarlas sobre crímenes y pecados; y todo esto creo que entra en la intención del autor, hombre de conciencia, al parecer, que pone sus facultades al servicio del catolicismo, y que no quiere nada contra la doctrina cristiana.

Lo cual en otro tiempo no era cosa, en verdad, que mereciese corona de laurel, ni siquiera mención honorífica, porque era lo usual y corriente; pero en los mal aventurados días que al canzamos, cuando tantos hay que escriben adrede para corromper los corazones y envenenar las almas, es de alabar mucho.

Hay, sin embargo, en el libro algunas cosas que no lo son tanto; y yo creo que don Manuel Tamayo no ha hecho bien en callarlas, sino que hubiera hecho bien en decirlas. A mí me parece que don Manuel Tamayo debió haber comenzado por leer el libro (casi no puedo creer que después de leerle escri-

biera de él como escribe); pues si entre periodistas es ya cosa corriente alabar los libros sin cortarles las hojas, y si todo el mundo sabe ya por eso el caso que puede hacerse de los elogios de gacetilla, para hablar oficialmente en nombre de una corporación recomendando un libro á la protección del Gobierno, tengo para mí que debe procederse con mayor seriedad y más cautela. Una vez leído el libro, entiendo que don Manuel Tamayo debió haber dicho de él todo lo que yo voy á decirte á tí, y que debió haberlo dicho no sólo en obsequio á la autoridad que pedía el informe y que tenía derecho á ser bien informada, no sólo en obsequio al público que había de leer su juicio crítico en los periódicos y que tiene derecho á la verdad toda entera, sino en obsequio del autor principalmente, á quien las censuras del ilustre poeta dramático le hubieran podido servir de guía para en adelante.

El primer pecadillo del señor Polo es la dedicatoria que de uno de sus cuentos hace Trueba, apellidándole «eminente cantor de las glorias vizcainas y pintor maestro de sus honradas costumbres.» Sobre este particular ya te acordarás que hemos hablado muchas veces. Trueba no es el cantor de las glorias vizcainas ni el pintor de sus costumbres, como con mala sintáxis dice el señor Polo (porque las glorias no tienen costumbres);

Trueba es el cantor de la *vita-bona* de Vizcaya ó de donde quiera, porque la *vita-bona* es lo mismo en todas partes. Trueba es el cantor empalagoso de los pobres é insulsos placeres de la tierra, lícitos, pero al fin placeres, refractario al sacrificio y á la heroicidad que acaso no comprende, y entusiasta de las que una escritora, su congénere, ha llamado *pequeñas virtudes*. Trueba es el cantor y el pintor de una especie de virtud comodona y muelle, de una especie de materialismo *honrado*, que afortunadamente no está en nuestras costumbres, y que tampoco acierta á imitar este su admirador, porque tiene quizá más viva la fe católica. Contra el pensamiento admirablemente encerrado en el hermoso terceto de Rioja:

Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina,

los libros de Trueba apegan el corazón á los bienes de la tierra, y de su lectura asídua apenas puede sacarse otro pensamiento más que este: «¡Qué bien se está en el mundo! ¡Si no muriéramos!»

Otra cosa que no es de alabar en esta obra es el estilo. Aparte del abuso de los diminutivos, en cuyo menudeo consiste sin duda para los discípulos de Trueba la secreta gracia de ser escritores de *costumbres populares*, cuando nada hay más extraño en reali-

dad ni que más repugne á las costumbres del pueblo español, viriles y severas en todo, que ese gazmoño martilleo en *itos é itas*; aparte de esto, digo, el señor Polo demuestra demasiada afición á las trasposiciones que tanto seducen á todos los principiantes, y que si en verso pueden ser á veces un adorno, en prosa son casi siempre una extravagancia, como «da acequia que rodar hace sus muelas» (del molino); «dos que declarada tienen guerra» y otras con mucha frecuencia repetidas, sobre todo cuando parece escribir con más esmero. Emplea además frases y construcciones inusitadas é ilegítimas, verbigracia: «tanto que las echas de valiente», «tanto que dices», en lugar de «tanto como la echas de valiente», «tanto como dices»; «por su cuenta y razón» en lugar de «por su cuenta y riesgo» ó por su cuenta, simplemente; pues donde se dice *razón* es en la otra frase *con su cuenta y razón*, que tiene muy distinto sentido. Emplea varios verbos con una construcción que no les es propia y varios sustantivos con un género distinto del que les da el uso. Cambia palabras en los refranes, alterando, bien el sentido, bien la armonía; dice *tomemos acta*, subraya creyéndolas, sin duda, puramente locales, muchas voces que están en todos los diccionarios, celemín, por ejemplo, y no subraya otras que fuera de su tierra son perfectamente desconocidas.

»Prueba todo esto que el señor Polo, nacido, según parece, ó largo tiempo vecindado en la provincia de Teruel, no domina demasiado el habla castellana; lo cual se explica fácilmente, pues que en dicha provincia, quizá por el roce con catalanes y valencianos, no tiene el idioma la belleza y abundancia que en la nuestra, donde tú y yo, abogados y casi escritores, nos podemos dar por muy contentos de hablar el castellano con tanta propiedad como tu madre y la mía. Mas lo peor del caso es que el señor Polo, en vez de estudiar el castellano en los libros antiguos de los Luises ó de Cervantes, de Juan Ferreras ó de Solís, de Mariana ó de Florez, ó en los modernos de Fray Gerundio y de Donoso, ha querido aprenderle en la última edición de la gramática de la Academia, y practica con tanto rigor el novísimo precepto de hacer los dativos femeninos en *le*, que muchas veces, cuando nos va refiriendo la conversación de un hombre y una mujer, no sé quien á quien *«le dijo»* y llega á tal punto su celo por cumplir el flamante precepto académico, que escribe *le* hasta en los acusativos femeninos, por ejemplo: *fulana hizo esto ó aquello, y zutana «le ayudó,»* cosa que, á lo menos hasta ahora, no se ha atrevido á prescribir la Academia.

»Dejando el lenguaje y examinando el fondo del libro, no es difícil hallar situaciones

falsas y mal comprendidas, juicios inexactos, hechos inverosímiles. Es impropio y de mal gusto, por ejemplo, el que un mozo haga la declaración de amor á su novia, aldeana pudorosa y sencilla, diciéndola de buenas á primeras: *tú serás la madre de mis hijos*. Es inverosímil que dos mujeres, una de las cuales está muy enferma, salgan á misa á los ocho días del bautizo y á los diez ó doce del parto; y es también inverosímil, y á nada bueno conduce el referirlo, que haya curas en las aldeas que no sepan asentar las partidas sacramentales con todas las noticias necesarias.

»Otro defecto de los cuentos del señor Polo es la falta de riqueza y variedad en la invención: en casi todos se repiten las mismas escenas. En todos hay mozas que al oscurecer van por agua con el cántaro debajo del brazo á la acequia del molino, donde las esperan los mozos, y á la vuelta se agrega cada uno á la señora de sus aficiones y la dice: «Adiós, pimpollo», y la coje el cántaro, y la acompaña hasta su casa hablándola de amores. En casi todos los cuentos, en tres de los cuatro que contiene el libro, hay un capítulo que comienza poco más ó menos: «Era el primer domingo de Abril;... amaneció el primer domingo de Abril, la naturaleza estaba alegre, pero la gente del pueblo, triste...» Y allí se describe, todas las tres veces con los mismos minuciosos detalles, la escena del sorteo de

los mozos para el ejército, y se dice como el pueblo todo rodea la casa del Ayuntamiento, y el alguacil sale á una ventana y lee: «¡número uno!» y vuelve á salir dentro de un poco y lee: «¡Fulano de tal!» y un mozo se queda descolorido, y una madre ó una novia se desmayan, etc., escena interesante en verdad y buena para descrita una vez, mas no para descrita tres veces, en un mismo libro, sin variaciones sustanciales.

»Por último, y pasando por alto mil cosas más por no alargar demasiado esta carta, no encuentro del todo bueno el que en unode los cuentos aparezca una muchacha sosteniendo relaciones amorosas á disgusto y contra la voluntad expresa de su padre, deseando probablemente que á éste se le lleve Dios, como lo deseará el lector que llegue á interesarse por ella, y como en efecto, sucede á tiempo de que la niña se case á su gusto. Es verdad que en estas desavenencias que ocurren todos los días en el mundo, algunas veces no tienen razón los padres, pero estas veces son las menos. La tan execrada tiranía paternal, en la mayor parte de los casos, no es tal tiranía, sino un prudente contenimiento de la inexperiencia y de los caprichos de los hijos. Muchas veces ha sido planteada esta cuestión en las novelas y en el teatro: modernamente la abordaron entre nosotros Eguilaz en *Los soldados de plomo* y Larra en *El bien perdido*;

y si no siempre ha sido resuelta de la manera más justa, casi siempre sin embargo ha sido tratada con ciertas precauciones. El señor Polo no toma todas las necesarias y corre peligro, en mi entender, de que los jóvenes que lean *La tía Levítico*, si se hallan contrariados en sus inclinaciones amorosas, se animen á sostenerlas en la esperanza de que falte del mundo á tiempo la persona que se las contraría. Opino, pues, que estas cuestiones ó no deben plantearse, ó no deben resolverse en determinado sentido, ya porque, como dejo dicho, en la mayor parte de los casos tienen razón los padres, ya porque, aún en los casos en que no la tengan, siempre es más meritorio en el hijo sacrificar su gusto, aunque sea legítimo, que no hacerle prevalecer á costa de la paz doméstica y á costa de la felicidad del autor de sus días; y siempre es verdad que, como dice el catecismo del P. Astete, pecan contra el cuarto mandamiento de la ley de Dios, que es honrar padre y madre, *los que tratan de contraer matrimonio sin su bendición y consejo.*

»Sin querer me he extendido demasiado.—Adiós.—Iré por ahí á la mitad del mes que viene.—Haz presente á tu madre y á tus hermanas c. p. b. con el cariñoso afecto mío, el de toda esta familia.

»Te abraza

ANTONIO.»

En el verano ante último se cruzaron entre dos amigos estas dos cartas. El que firma la última, instado á emitir hoy en *La Crónica* su juicio acerca del libro que las dió origen, y persuadido de que debe al público la verdad lisa y llana, lo mismo que á su amigo íntimo, ha creído lo mejor y más acertado copiarlas á la letra.

POSDATA.

Una docena de años después de publicado este artículo, ha salido la señora Pardo Bazán, en la revista que mensualmente imprime poco más que para su uso particular, titulada *Nuevo teatro crítico*, con el siguiente párrafo en el cual no hay apenas otra palabra de verdad más que la última:

«Polo y Peirolón—dice doña Emilia—es autor castizo y ameno, honesto y formal, católico *sin intransigencia* y buen discípulo de Cecilia Bolh, por lo que se refiere á pintar costumbres populares. Aquí no se le nombra mucho; pero él tiene como Trueba (siendo más espontáneo y sincero que Trueba), un público adicto y constante; lo demuestra el hecho de haber reimpresso ahora por sexta vez su novelita *rusticana Los Mayos*, con algunas más inéditas y recientes. Una novela

que consigue seis ediciones y que Menéndez Pelayo llamó *de oro*, no puede ser de paja. Yo me he recreado con ella hoy como ayer. Hay allí un encanto apacible, algo anodino.»

Esta, repito, es la única palabra que pega, hablando de Polo y Peirolón: *anodino*.

Todo lo demás que dice doña Emilia es hablar por hablar, ó desconocer las cosas: faltar á la verdad, ó faltar á la seriedad hablando de lo que no se ha leído.

Porque ni Polo y Peirolón es escritor *castizo*, sino desconocedor del castellano, ni es *ameno*, sino pesado hasta lo insufrible.

Honesto sí creo que lo es, y formal también lo será seguramente.

Lo de *católico sin intransigencia*, tampoco está mal, porque efectivamente creo que ha sido de esos católicos de buen componer, llamados mestizos, que se fueron con Pidal á la *Unión Católica*, por más que después haya vuelto á ejercer de carlista.

¡Discípulo de Cecilia Bohl!.. Puede serlo... como Orbaneja de Velázquez, y lo de *«más espontáneo que Trueba...»* eso es una blasfemia literaria.

El que se haga sexta edición de un libro no siempre es prueba de que el autor tiene *público adicto y constante*, puede ser prueba de que el autor es rico, ó de que tiene amigos en el ministerio de Fomento.

A parte de todo esto, una novela que Me-

néndez Pelayo llame *de oro* puede ser una tontería, no lo dude doña Emilia.

En cambio yo sí dudo que sea verdad eso de que doña Emilia, se haya recreado con *Los Mayos*, ni ayer ni hoy: francamente, yo creo que... no los ha leído nunca. No puedo figurármela con tanta paciencia.

Lo que hay es que doña Emilia no ha visto inconveniente alguno en elogiar sin reservas, y hasta sin justicia, al Sr. Polo y Peirolón, porque ni sus libros han de hacer competencia á otros, ni por elogiar al Sr. Polo y Peirolón se puede incurrir en el desagrado de la Academia.

Pero también hay otra cosa. Y es que por ejercer la crítica así, de espaldas á la justicia y de cara á la conveniencia ó al capricho, se llega á perder toda autoridad, si alguna vez se tuvo, y aún suele llegar á darse el caso de que una revista de mucha fanfarria vea su tirada reducida á mil ejemplares, de los cuales todavía deje el público á disposición del editor algunos cientos.
